

*PREGÓN DE LA SEMANA SANTA
DE
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA*



Sr. D. Antonio Cacereño Ibáñez,



UNIÓN DE HERMANDADES,
COFRADÍAS Y PATRONAZGOS
DE GRAN CANARIA



Santísimo Cristo Crucificado de Guanarteme

*Santa Iglesia Catedral de Canarias - Basílica de Santa Ana
Jueves de Pasión
11 de Abril de 2019*

*PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
2019*

UNA CIUDAD PARA SU SEMANA MAYOR

*Santa Iglesia Catedral de Canarias - Basílica de Santa Ana
Sr. D. Antonio Cacereño Ibáñez*

11 de Abril de 2019



UNIÓN DE HERMANDADES,
COFRADÍAS Y PATRONAZGOS
DE GRAN CANARIA



Excelentísimo señor obispo de la Diócesis de Canarias, excelentísimas autoridades, señor presidente de la Unión de Hermandades, Cofradías y Patronazgos de Gran Canaria, señoras y señores, amigos.

Al verme aquí muchos de ustedes puede que se pregunten qué es lo que un periodista puede decir acerca de un tema tan hondamente religioso como la Semana Santa. Les advierto que aparte de historiadores y teólogos, creo que son los periodistas, junto a los escritores, quienes cuentan con interesantes herramientas para contribuir a la comprensión de lo que significa esta conmemoración.

Cada Semana Santa es la actualización de una historia narrada en cuatro textos, los evangelios. Lo que conmemoramos es lo que los evangelios narran acerca de la pasión, muerte y resurrección de Jesús. Se trata de un relato que ha llegado hasta nuestros días gracias a la labor narrativa, casi periodística, de los evangelistas. No resulta exagerado afirmar que si la vida, obra y dichos de Jesús siguen aún con nosotros es gracias a esos escritores.

Teniendo en cuenta que desde un enfoque meramente literario el Antiguo Testamento, el Corán, el Bhagavad Guita y demás textos religiosos no son más que libros que narran historias, ¿qué tiene de especial que cuatro libros diferentes recojan los hechos en los que se basa la Semana Santa? A diferencia de esos otros libros sagrados, los que nos ocupan lo hacen desde cuatro puntos de vista diferentes, algo que incluso los lleva a incurrir en contradicciones aparentes. Es lo más sorprendente de los evangelios, que en ellos encontramos la misma historia narrada de cuatro formas diferentes con todo lo que eso conlleva.

Hace unos años le preguntaron al corresponsal argentino



Roberto Herrscher quién era su modelo de periodista y contestó que para él los cuatro mejores ejemplos fueron los evangelistas. Entre los que no hayan oído esta afirmación con anterioridad habrá quien considere que se trata de un absurdo teniendo en cuenta que este oficio, como tal, no existía en el siglo I. Pero muchos historiadores señalan que el primer diario en sentido estricto fue la denominada Acta Diurna que Julio César hizo colocar en el Foro Romano. Tampoco debemos olvidar que, al fin y al cabo, evangelio significa en griego buena noticia.

Pretendo hablarles de la pasión, muerte y resurrección de Cristo a través del evangelista que parece estar más cerca del periodismo. Analizo antes brevemente el estilo que Marcos, Mateo, Juan y Lucas emplearon para contar la misma historia a un público diferente.

Lucas escribe para los cristianos de cultura griega, una de las culturas de la época que más había desarrollado la literatura. Por eso notamos en su estilo un afán de explicar mejor que el resto el desarrollo de los acontecimientos, narrándolo todo de principio a fin a través de un relato bien ordenado como él mismo afirma al comienzo de su obra. Lucas equivaldría a lo que hoy día sería un biógrafo, por eso su evangelio es el más extenso.

Juan se dirige hacia un público indeterminado que ni era judío ni gentil y que sería muy complicado intentar identificar ahora, pero que claramente lo convierte en el evangelista más subjetivo. Ni siquiera se preocupa de contar la historia completa de Jesús. Y llega a sostener que estaba al pie de la cruz cuando lo ejecutan.

En cambio, sí sabemos que Mateo escribió principalmente a los cristianos de origen judío, por lo cual se interesa menos que el resto en los detalles concretos, dando preferencia a las enseñanzas de Jesús, que agrupa en cinco



discursos que componen la trama de su evangelio. Ofrece un relato más doctrinal, lo que se refleja en que su estilo es más litúrgico.

A diferencia de todos ellos, Marcos está más interesado en contar lo que Jesús hizo que lo que Jesús dijo. Se fija más en sus actos que en sus discursos usando un estilo que con frecuencia se acerca a la improvisación oral, lo que confiere agilidad a su narración. Al leerlo parece como si estuviéramos siguiendo a un testigo ocular al que no se le escapó nada y que se esfuerza por introducir al lector en la historia. Esto se debe a que se dirigió a los cristianos de origen romano y para agradecerles, su narración debía tener mucha acción, tanta, que no en vano el suyo ha sido llamado el 'Evangelio de la acción'.

Como podrán imaginar este último es el evangelio más cercano a mi oficio, ya que además es el más corto. Y el periodista, por motivos de espacio, debe siempre sintetizar.

Baste señalar que el evangelio de san Lucas tiene 1.140 frases, el de Mateo 1.068, el de san Juan 879 y el de san Marcos tan sólo 746, a pesar de que sus dieciséis capítulos están llenos de narraciones muy vivas, con detalles muy gráficos que incluyen gestos y sentimientos de Jesús que no encontramos en el resto. Esto contribuye a una narración más atractiva y agradable por su espontaneidad.

Marcos da la impresión de ser un periodista, casi un enviado especial, que narra todo lo que vio y oyó. Por eso los especialistas afirman que cuanto más se estudia su evangelio es más evidente que quien lo escribió era un maestro de la narración. Y con su obra contribuyó a que millones de lectores se entusiasmasen con la figura de Jesús. Hay quien ha llegado a afirmar que el libro más importante jamás escrito no ha sido la propia Biblia, sino más concretamente el evangelio de san Marcos.



En la pasión, muerte y resurrección de Cristo tal como la narró Marcos, más que en ninguna otra parte del evangelio, se hace evidente que su autor no pretendió contarlo todo, sino recrear de la manera más fidedigna la atmósfera que reinaba durante aquel trágico evento.

Cuando prenden a Jesús, Marcos no menciona que dijera ninguna palabra a Judas, ni tampoco aclara la identidad del discípulo que lo defendió. La observación dirigida a sus apresadores no trata de arrojar luz sobre lo ocurrido sino pone de manifiesto el carácter inaudito de la escena: “¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y con palos para prenderme?” (14,48).

Al describir la presentación de Jesús ante Poncio Pilato lo hace en tan pocas palabras que el interrogatorio casi parece esquemático. Marcos recoge que ante la pregunta de Pilato: “¿Eres tú el rey de los judíos?” (15,2) Jesús sólo respondió: “Tú lo dices”. Sin añadir ninguna explicación.

Jesús es conducido al Calvario y ajusticiado, y en este punto, a diferencia de los otros evangelistas, Marcos nos hace experimentar el impacto de aquel suceso a la vez que nos sumerge en medio de la trágica oscuridad del enigma de la pasión al no aportar explicaciones a su horrenda muerte. Porque en este evangelio Jesús no se entrega a su destino con la comprensión divina que le atribuye Juan. O en la compañía de la Iglesia como comenta Lucas. Ni siquiera en el conocimiento de las profecías sobre la pasión que habían sido recogidas en el Antiguo Testamento, como cuenta Mateo. Aquí sigue la voluntad del Padre. Sólo se consuela en la promesa divina de no abandonarlo. Pero todos lo dejan, incluso el Padre.

Por eso Marcos es quien cuenta los hechos de la manera más cruda hasta el punto de señalar como aspecto fundamental



de la pasión y muerte de Jesús, su abandono por parte de todos. Un ejemplo claro de que incluso alguien que lo seguía de lejos también lo abandonó es una escena pintoresca que no fue recogida por ningún otro evangelista: la del muchacho que siguió a Jesús desde Jerusalén hasta Getsemaní envuelto en una sábana, y que cuando lo fueron a atrapar agarrándolo de ella la abandonó huyendo desnudo (Marcos 14: 51-52). Se ha escrito mucho sobre este misterioso personaje, incluso hay quien ha afirmado que se trata del propio san Marcos a pesar de que no hay nada que indique que el autor se está refiriendo a sí mismo.

La imagen cinematográfica de una Jerusalén paralizada que contemplaba como Jesús cargaba con el travesaño de la cruz desde el palacio de Pilatos hasta el Gólgota dista mucho de la realidad. La crucifixión debió de pasar desapercibida para todos excepto para sus discípulos. Y la mayoría de ellos habían huido. Siempre se ha justificado la ausencia de los discípulos debido al miedo a ser capturados por los romanos o ser linchados por la muchedumbre. Como estuvo a punto de ocurrirle a Pedro. Pero el episodio de Pedro ocurrió dentro de los muros de Jerusalén, en el iluminado atrio de la casa de Caifás. Si Pedro se atrevió a entrar en la casa de Caifás, fue porque estaba seguro de que nadie podría reconocerlo. Ni siquiera la muchedumbre que fue a prender a Jesús conocía el aspecto del que debían capturar. Judas tuvo que besarle para que lo reconociesen.

Al no permitir la ley judía ejecuciones y sepulturas dentro de la ciudad, la crucifixión acaeció fuera de ella (Hebreos 13: 12) y cerca de un camino bien transitado, puesto que los que pasaban se burlaron de Jesús (Marcos 15: 29-30), debido a que, para mayor ejemplaridad, los romanos situaban los lugares de suplicio al lado de las vías de comunicación. Los discípulos podían haber asistido a la crucifixión haciéndose pasar por caminantes -como Simón de Cirene- que venían del campo o de la ciudad, pero no estaban allí.



Marcos destaca la total y absoluta soledad de Jesús, que es abandonado por sus discípulos, condenado por las autoridades, insultado por los caminantes que pasaban cerca de la cruz, incluso rechazado por los ladrones junto a los que fue crucificados. El episodio del buen ladrón que se arrepiente sólo aparece en el evangelio de Lucas. Solo las mujeres lloraron por él durante la crucifixión.

El evangelio de Marcos describe una crucifixión a la que únicamente asisten mujeres, sólo uno de los evangelios habla de “unos conocidos que estaban a distancia y contemplaban todo esto” (Lucas 23: 49). Pero no son identificados porque entre ellos no estaban los apóstoles. Otro evangelio señala en la escena a un “discípulo amado” (Juan 19: 25-26). Se trata de Juan refiriéndose a sí mismo.

Luego, hasta Dios lo abandona. El propio Jesús dice: “Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado”, una frase que también recoge Mateo, pero que Marcos dota de mayor dramatismo al haberla precedido de una descripción de su noche en Getsemaní en la cual destaca su soledad y desazón al intuir que lo iban a prender: “Es tal la angustia que me invade que me siento morir” (14: 32), por lo que manda a vigilar a sus discípulos, que sin embargo ¡se quedan dormidos! (14: 37-39).

Ahora comprendemos que su tumba no fuera visitada por ninguno de ellos. Eso demuestra que no esperaban su resurrección. Cuando posteriormente se la comunicaron a los apóstoles “a ellos les parecieron desatinos tales relatos y no los creyeron” (Lucas 24, 11).

Como si de un buen periodista se tratara, Marcos también escribe suministrando al lector la información de mayor a menor importancia. Y como si fuera una crónica remata el relato. Solo él señala que cuando Jesús muere un soldado romano admite que



era el Hijo de Dios, lo cual anticipa la conversión de los romanos, sus lectores, a la fe cristiana. Solo Marcos señala la soledad absoluta de Jesús. Olvida todo lo secundario para destacar lo fundamental del ambiente que reinaba en aquel acontecimiento que fue la pasión. Ninguno de los otros evangelistas lo hizo con tanta crudeza y claridad.

Esta lectura periodística del evangelio de Marcos ayuda a comprender por qué los hechos que constituyen la pasión tal como están relatados en los otros evangelios guardan tantas contradicciones entre sí. Unos afirman que se celebró la última cena en Pascua, y Jesús fue crucificado un día después (Mateo 26: 17, Marcos 14: 12; 15: 25, Lucas 22: 8), mientras otro evangelio dice que Jesús fue crucificado el día de la preparación de la Pascua (Juan 19: 14). Según el evangelio de Juan, Jesús portó la cruz durante todo el trayecto hacia el Gólgota (19: 17), cuando en el resto se nos señala que exhausto fue ayudado por Simón de Cirene (Lucas 23: 26, Mateo 27: 32, Marcos 15: 21). Según los evangelios de Marcos y Mateo, durante el camino del Gólgota y la crucifixión sólo dijo “¿Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?”. Pero Lucas señala cómo se dirige a las mujeres, a los malhechores crucificados y a Dios. Ni siquiera hay unanimidad en la transmisión de algo tan importante como sus últimas palabras. ¿Es posible que los evangelios difieran en algo tan esencial como las últimas palabras de Jesús, teniendo en cuenta que según sus autores no se tratan de las últimas palabras de un hombre cualquiera sino de las de Dios? El hecho de que no conozcamos lo que se dijo durante un momento que para los creyentes supuso el acontecimiento más importante de la historia del universo, el sacrificio de Dios por la humanidad, prueba sin género de dudas que como señaló Marcos todos habían abandonado a Jesús.

¿De quién aprendió Marcos a comunicar? Su maestro debió ser Jesucristo, porque leyendo los evangelios queda claro



que fue uno de los mayores comunicadores de la historia. Sólo hay que ver con qué habilidad, simplicidad y elegancia explicaba los conceptos más profundos, logrando que sus palabras fueran comprensibles por todos, ya estuviera dirigiéndose a analfabetos o a extranjeros.

Jesús sabía que el mejor sitio para predicar era donde se congregaba la mayoría de los judíos piadosos: las sinagogas, pero eso no evitó que lo hiciera en plazas y montes, en el campo, junto al mar o sobre el agua en una barca, todo para que su mensaje llegara al mayor número de personas. Y pide a sus discípulos que se encarguen de comunicar a quienes él no llegue: “Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo a plena luz y lo que escucháis al oído, predicadlo sobre los tejados” (Mateo 10: 27).

A pesar de ello, en los evangelios queda claro que Jesús no estuvo interesado en obtener el reconocimiento público a toda costa. En términos modernos, Jesucristo no fue un sensacionalista. Al contrario, desaconsejó esa tendencia de tantos medios informativos a presentar las noticias destacando sus aspectos más llamativos con el fin de impresionar. Como dejó bien claro su reino no era de este mundo y, consecuentemente, no necesitaba su reconocimiento. Casi ocho siglos antes, Isaías había revelado que el Mesías rechazaría el sensacionalismo: “No clamará ni levantará su voz, y en la calle no dejará oír su voz” (Isaías 42:1, 2).

En repetidas ocasiones leemos que Jesús ordenó a quienes había curado no revelar sus milagros. Y a sus discípulos les pidió que mantuviesen en secreto tanto que era el Mesías como que habían asistido a su transfiguración. Incluso ordenó silencio a los demonios durante los exorcismos para que no hablasen acerca de él.

Jesús sabía cómo y cuándo y dónde debía dirigirse a los



demás. Para hacerse conocer y propagar su doctrina, comenzó eligiendo una ciudad mediana: Cafarnaum, ya que en las grandes ciudades la gente era más escéptica y en las aldeas había pocos oyentes. Predicó mucho por Galilea pero siempre volvía a Cafarnaum por su posición geográfica. En un principio las multitudes alrededor de él eran tan grandes, que se relata cómo “se juntaron tantos, que ni aún en el patio cabían” (Marcos 2, 1-2) y se veía seguido por esta multitud que lo oprimía (Marcos 3, 9; 5, 24 y 31), hasta el punto que no lo dejaban comer (Marcos 3, 20), por lo que llegó a retirarse al desierto con sus discípulos (Marcos 6, 31-33). En ocasiones trató de ocultar su paradero. A pesar de este inicial éxito, Jesús al negarse a ser un Mesías político de corte guerrero (Mateo 11, 20; Juan 6, 15) fracasa en Galilea.

Tras ese fracaso en Galilea se dirigió a Jerusalén, el centro del mundo judío, en busca de un público nuevo que pudiera entender su mensaje, porque quería que llegara en profundidad y al mayor número posible de personas. Jesús entra en la ciudad el domingo anterior a la Pascua -el que fue luego Domingo de Ramos cristiano- en medio de la multitud de peregrinos de toda Israel que acudían a la ciudad para celebrar la festividad, y que conectaron su aparición con el episodio de la profecía mesiánica donde se habla de un Mesías pacífico montado en un pollino (Zacarías 9, 9). Pero para predicar en esa Jerusalén superpoblada se establece en Betania, de donde iba y venía de casa de sus discípulos -las hermanas Marta y María, Lázaro, hermano de estas, al que resucitó (Marcos 11:1, 11, 12) y de Simón el leproso, en cuya casa fue ungido (Marcos 14:3)- desplazándose a Jerusalén donde predicaba durante el día en el templo, y volviendo al atardecer a Betania para que no lo apresaran. ¿A qué es debida esta ambivalencia si Jesús hizo su entrada a Jerusalén, donde recibe un baño de multitud sin precedentes? A que en esa misma ciudad también estaban sus enemigos, de los cuales los más animosos eran los soldados del templo, los rabinos, sus escribas, los miembros del Sanedrín y aquellos cambistas, comerciantes y ganaderos a los que Jesús destroza sus



tenderetes. O sea, todos los que vivían de las ganancias generadas por el templo.

Los sacerdotes no se atrevían a detenerlo a plena luz del día por temor a provocar a sus seguidores, y por el hecho de que podía escaparse de la ciudad. Durante la noche, cuando se cerraban las puertas de Jerusalén su apresamiento era menos peligroso y más seguro. La mañana del jueves los discípulos le preguntaron dónde debía celebrar la pascua, porque según la ley no podían hacerlo en Betania: “No sacrificarás la Pascua en cualquiera de las ciudades que te dará Yavé, tu Dios; sólo en el lugar que Yavé tu Dios, elija para hacer habitar en él su nombre sacrificarás la Pascua a la tarde” (Deuteronomio 16, 5-6). Así que debían quedarse en Jerusalén por la noche. Jesús había planeado de antemano que se celebrase en la casa de un aguador (Marcos 14, 13-15) y tras la última cena se trasladó con sus discípulos a Getsemaní, un huerto en el Monte de los Olivos -el distrito más apartado dentro de los límites de Jerusalén. Al caer la noche las puertas de la ciudad se cerraban, por lo que era imposible retirarse a Betania. Jesús sabe que lo capturarán.

Como las decenas de periodistas que se asesinan cada año, Jesús fue ejecutado porque estorbaba. Su mensaje de amor y misericordia, su llamada a dirigirse a toda la humanidad no encajaba con los objetivos de las autoridades ni del pueblo llano y por lo tanto no podían consentirlo. Su defensa de los pobres y los oprimidos era un mensaje revolucionario que no entraba en los planes de nadie, no sólo de Herodes Antipas, Poncio Pilato, los sumos sacerdotes, escribas y fariseos, sino tampoco en los de ese pueblo que a pesar de que le fue concedida la posibilidad de liberarlo pidió su crucifixión gritando a favor de Barrabás. Lo que querían era una guerra contra los romanos y, como sabemos, el reino de Dios que Jesús anunciaba no era esa liberación política que anhelaban, sino un estado espiritual en el que todos, incluidos los romanos, tenían cabida.



Y es esa voluntad de no callar, de decir siempre la verdad, de conceder la voz a quienes carecen de ella, lo que supone el reto de todo periodista sea cristiano o no.

La última orden que Jesús dio a sus discípulos fue encargarles dar a conocer quién era: “Serán testigos de mí tanto en Jerusalén como en toda Judea y en Samaria y hasta la parte más lejana de la tierra” (Hechos de los apóstoles, 1: 8) otorgándoles la capacidad, según el milagro de Pentecostés, de hablar en idiomas que desconocían. Para los más fieles se trata de un prodigio y para los más escépticos simplemente de una metáfora de su deseo de que se dirigiesen a todos los habitantes del planeta.

Con ese objetivo su vida y hechos se pusieron por escrito en cuatro relatos que han sido transmitidos a través de los siglos dando lugar al recuerdo de su pasión, muerte y resurrección, que se celebra en público desde que el cristianismo se convirtió en la religión oficial del Imperio Romano. Uno de los registros que hablan de la conmemoración del Vía Crucis, es el relato de viajes más antiguo que se haya escrito en España, realizado en el siglo IV por Egeria, una gallega hispanorromana que recogió las impresiones de su peregrinaje a Tierra Santa a través del Imperio Romano describiendo que la conmemoración del Vía Crucis ya existía. Podríamos decir que la primera mención de la celebración pública de la Semana Santa nos ha llegado gracias a otro género periodístico, el periodismo de viajes. Los cristianos no comenzarían a celebrar la Semana Santa, tal y como la conocemos, hasta la Edad Media, empezando a convertirse en tradición a inicios del siglo XVI.

Aún para los no cristianos la muerte de Jesucristo es un hecho capital en la historia de la humanidad, pues gracias al sacrificio del Gólgota el mundo sufrió una transformación definitiva en todos los órdenes, que ha llegado hasta los rincones más recónditos de la tierra.



El cristianismo, la Iglesia, nace tras la resurrección de Jesús. La resurrección es un asunto absolutamente básico. Pablo dejó escrito en su primera Carta a los corintios: “Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe” (15,17). Jesús resucitó. De lo contrario no estaríamos hablando de él y de las circunstancias que protagonizó hace dos mil años. No se puede entender el desarrollo de la Historia y el pensamiento de Occidente y Oriente sin la figura de Jesús de Nazaret. El cristianismo está presente en todo lo que hacemos: calendario, moral, fiestas, relaciones sociales, costumbres... El cristianismo ha dado a millones de persona una forma de pensar, vivir y sentir. A todos nos ha hecho plantearnos preguntas, tener dudas y ser curiosos.

Feliz Pascua de Resurrección.